

## NOTAS SOBRE EL ESTILO DE BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO \*

### PLANTEAMIENTO

La figura y la obra de D. Bartolomé José Gallardo (1776-1852) han conocido una fortuna desigual y llena de altibajos. Resulta desolador comprobar que, hasta 1921, el único trabajo de conjunto sobre tal excepcional ingenio era un libelo difamatorio que, con el título *Aventuras literarias del iracundo bibliopirata extremeño don Bartolo-mico Gallardete* (1851), publicó, escudado en el seudónimo, Adolfo de Castro, uno de los más conspicuos embaucadores de nuestra literatura. Resulta igualmente desolador, si no grotesco, el hecho de que el nombre de Gallardo continúe omitiéndose hoy en manuales y tratados que adolecerían de graves insuficiencias si en su elaboración no se hubiera contado en buena parte con las aportaciones hechas a nuestra historia literaria por el gran bibliógrafo de Campanario (1). Ya en nuestro siglo, tras las aproximaciones críticas y biográficas de Marqués Merchán (2), Andre-

---

\* Comunicación presentada en el V Congreso de Estudios Extremeños (Diciembre, 1974).

(1) Particularmente grave es la omisión de Gallardo en el *Manual de bibliografía de la literatura española* de José Simón Díaz (Barcelona, G. Gili, 2.ª edición, 1966).

(2) *Don Bartolomé José Gallardo*. Noticias de su vida y escritos. Madrid, Perlado, Páez y Cia., 1921.

nio (3) y Sainz Rodríguez (4), ha debido ser otro estudioso extremeño, D. Antonio Rodríguez-Moñino —tan afín a Gallardo en muchos aspectos, por otra parte—, el encargado de reivindicar, apoyándose en una portentosa e irreprochable erudición, la figura de su antecesor y paisano (5).

Aún así, al acercarnos hoy a la obra de Gallardo experimentamos la irreprimible sensación de que su obra es algo más que un extraordinario monumento de erudición bibliográfica. Ciertamente, el *Ensayo de una Biblioteca de libros raros y curiosos*, que todavía hoy constituye un instrumento de trabajo imprescindible para los estudiosos de la literatura española, coloca a su autor en una cota científica a la que muy pocos han llegado, dentro de un sector de nuestra investigación que ostenta como figuras extremas y señeras a D. Nicolás Antonio y a D. Antonio Rodríguez-Moñino. Pero el resto de la obra de Gallardo tiene en gran parte carácter circunstancial y fuertemente polémico (6), y sólo en muy escasa medida puede considerarse literatura de creación (7). Estas circunstancias explican sobradamente que la crítica haya cargado el acento sobre la vertiente erudita de Gallardo o —con propósitos menos laudatorios— sobre su naturaleza polemista. Poseemos hoy una imagen, ya bastante completa, del bibliógrafo; no sabemos casi nada, en cambio, del escritor. En este sentido han pesado mucho las adversas opiniones de Menéndez Pelayo, que, en lugar de incorporar las ideas de Gallardo a su monumental *Historia de las ideas estéticas*, se ocupó del extremeño, por razones menos académicas, en la juvenil y apasionada *Historia de los heterodoxos españoles*. La

(3) *De Gallardo a Unamuno*, Madrid, Espasa Calpe, 1926.

(4) En su edic. de *Obras escogidas de D. Bartolomé José Gallardo*, Madrid. Los clásicos olvidados, 1928, y, antes, en su trabajo «Don Bartolomé José Gallardo y la crítica literaria de su tiempo» *Revue Hispanique*, LI, 1921, págs. 211-595.

(5) Sobre todo el estudio fundamental *Historia de una infamia bibliográfica (la de San Antonio de 1823)*, Madrid, Castalia, 1957, así como en el *Catálogo de libros y papeles robados al insigne bibliógrafo D. José Gallardo el día 13 de junio de 1823*, Madrid, 1957.

(6) Ya P. Sainz Rodríguez habla de la «tradición de polemistas extremeños, desde el Broncese hasta Gallardo», al comentar las *Exequias de la lengua castellana* de otro extremeño, Forner (Madrid, Clásicos Castellanos, 1925, pág. 34).

(7) Así ocurre, por ejemplo, con las escasísimas poesías editadas por el Marqués de Valmar (BAE, LVII, págs. 700-704).

figura de Gallardo, liberal y masón, no podía suscitar sino la repulsa de D. Marcelino, el cual aun reconociendo que el extremeño fue «incansable en la labor bibliográfica de papeletas y apuntamientos», dictaminó que como escritor era «difícil y premioso», y que en sus obras «la pureza y abundancia de la lengua suelen ser afectadas; el arcaísmo, traído por los cabellos, y el estilo abigarrado», con «descoyuntamientos de frase» y «chistes fríos» (8).

Tan severos asertos parecen haber cerrado el camino a una exploración atenta del escritor, liberada de prejuicios y apoyada tan sólo en el examen de la obra. La nota «castiza» de su estilo, apuntada—con afán peyorativo, claro está—por D. Marcelino, ha sido reiterada por otros críticos, como *Andrenio*, sin mayores precisiones (9). El lector actual necesitaría saber mucho más acerca de ese supuesto casticismo y, naturalmente, de sus causas, porque un escritor, si lo es de verdad, no selecciona sus elementos expresivos sometiéndolos sin más a la ley del puro capricho. Erigirse en juez es un lujo que un crítico no debe permitirse, sobre todo si no dispone de un sumario donde conste una exacta descripción de los hechos. Y ese sumario, ese acercamiento despojado de prejuicios al estilo de Gallardo, está todavía por hacer.

Durante la dilatada vida de Gallardo, la preocupación por la lengua, heredada del primer clasicismo dieciochesco, aportó a nuestra historia obras significativas, desde la primera *Gramática* de la Academia Española (1771) hasta la muy renovadora del venezolano Andrés Bello (1847), pasando por la excelente de Vicente Salvá (1830) y por el dogmático *Arte de hablar en prosa y verso* (1826) de Gómez Hermosilla—autor éste que sirvió de blanco a algunos de los más acerados dardos críticos de Gallardo—, sin olvidar los capítulos dedicados al lenguaje por Jaime Balmes desde una perspectiva filosófica. Los problemas que habían agitado a Feijoo, a Hervás y Panduro, a Capmany, a Moratín, a Vargas

(8) *Historia de los heterodoxos españoles* (cito por la ed. de la BAE, 1927, II, página 702). Menéndez Pelayo, que reconoce a Gallardo «digno de toda loa como investigador literario», añade que «mereció bien poca como escritor ni literato en el alto sentido de la palabra». (Ibid.)

(9) El propio Sainz Rodríguez, al comentar un folleto de Gallardo—la *Apología de los palos dados al Excmo. Sr. D. Lorenzo Calvo*—señala que «está muy castizamente escrito». (*Introducción* a la ed. cit. de *Obras escogidas* de Gallardo, p. XII).

Ponce y otros ingenios del XVIII, siguen vigentes; los debates acerca del galicismo, del purismo, de las malas traducciones y de los usos correctos (10), continúan siendo actuales. Un escritor de la época—y Gallardo lo es, sin duda alguna—tenía que modelar su ideario lingüístico asumiendo una postura concreta ante tales problemas. La Academia—aunque no siempre sus componentes—se había pronunciado con claridad: los vocablos y locuciones de su primer Diccionario tenían el aval de numerosas «autoridades», seleccionadas de entre los autores clásicos; lo correcto, lo legítimo, era aquello que tenía la garantía de su uso por parte de nuestros escritores áureos (11). En este sentido, la actitud de Gallardo, tenaz estudioso de los clásicos españoles, no podía ser muy diferente.

Nada sería más erróneo, sin embargo, que pensar en un Gallardo academicista u obediente a los dictados de la docta corporación. Creo que su postura es de raíz extra-académica y se origina sobre el modelo de otro gran delbelador dieciochesco: el padre Feijoo. Recuérdese, en efecto, que ya en 1726 escribía éste el famoso «Paralelo de las lenguas castellana y francesa», publicado en el tomo I de su *Teatro crítico*. Feijoo denunciaba la existencia de «algunos apasionados amantes de la lengua francesa que, prefiriéndola con grandes ventajas a la castellana, ponderan sus hechizos, exaltan sus primores...» (12). Gallardo, con un talante muy similar, señalará que «el francés manda al español. La lengua castellana se aprende por la francesa: y hecha ya ésta órgano del pensamiento para los más de los que escriborrean; pensando en francés los españoles que más hacen hoy gemir la prensa (y la lengua); la expresión francesa que les salta luego con la idea a las mientes, es el molde a que quieren sujetar la española. Así es que no tienen por de buen cuño la frase que no se ajusta a la galicana» (13). Para Feijoo, el cotejo entre la lengua francesa

(10) Vid. Las excelentes páginas dedicadas a estas cuestiones por F. Lázaro Carreter, *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*. Madrid.

(11) Se hallará una pormenorizada reseña de la gestación del primer Diccionario académico en F. Lázaro Carreter, *Crónica del Diccionario de Autoridades*, Madrid, Real Academia Española, 1972.

(12) En la ed. de la BAE, LVI, página 47.

(13) Gallardo, *Obras escogidas* ed. edit., I, página 48; respetamos en esta y en las demás citas la peculiar ortografía de Gallardo, aunque actualizamos la acentuación y unificamos el uso de las mayúsculas.

y la española se resolvía claramente a favor de esta última por su mayor riqueza léxica: «En la copia de las voces (único capítulo que puede desigualar sustancialmente los idiomas) juzgo que excede conocidamente el castellano al francés. Son muchas las voces castellanas que no tienen equivalencia en la lengua francesa, y pocas he observado que no lo tengan en la castellana» (14). Gallardo, un siglo más tarde (1830), deplora justamente la pérdida de esta antigua riqueza: «El español, que antes presentaba una riqueza inmensa, envidiada de todos los demás idiomas de Europa, se ha empobrecido [...]. Así va perdiéndose uno de los más insignes primores de nuestro bello idioma; que es la *riqueza* que le han traído tantas y tantas naciones» (15).

#### UN LUCHADOR SOLITARIO

En el número 114 de la *Gaceta de Bayona*, los redactores arremetían contra supuestos solecismos y construcciones vulgares aparecidas en una traducción de Bouterweck; formas del tipo «uno que otro», «alguno que otro» y *que* con valor disyuntivo, eran anatematizadas por la *Gaceta*. Gallardo rebate vigorosamente estos juicios y apoya la legitimidad de tales usos en abundantes ejemplos de autores clásicos, como Fray Luis de Granada, el maestro Alejo de Venegas o Cervantes. En suma, pues, el respaldo de las «autoridades» — criterio académico — es para Gallardo garantía indiscutible, como seguirá siéndolo mucho más tarde para otros eruditos (16). Esta actitud, en quien dedicó gran parte de su vida a copiar y rescatar del olvido, con un amor y una intuición envidiables, libros y papeles antiguos, parece lógica. Y, si tenemos presentes todos estos datos podremos entender — no valorar — las

(14) Feijoo, *ed. cit.*, pág. 47 b.

(15) Gallardo, I, págs. 48-49.

(16) La historia de la pervivencia de esta actitud está por hacer. Recuérdese tan sólo que este criterio es el que informa gran parte de nuestras obras normativas — como el conocido *Prontuario de hispanismo y barbarismo* del P. Mir y Noguera —, así como vocabularios sumamente útiles al estudioso, como el *Rebusco de voces castizas* del propio Mir y Noguera o la recopilación de Rodríguez Marín, *Dos mil quinientas voces castizas y bien autorizadas que piden lugar en nuestro léxico*, por no citar más que algunas de las obras de uso más frecuente hoy.

razones del estilo «castizo» de Gallardo: el amor a los clásicos españoles y la huraña y desabrida repulsa a la introducción de formas extranjeras inútiles. Los *Cuatro palmetazos* a los gaceteros de Bayona aparecen firmados con un seudónimo revelador: «Lucas Correa de Lebrija y Brozas». Inmerso en una sociedad que le disgusta, Gallardo se retrae y busca modelos distintos—entiéndase bien: modelos culturales, pero también modelos de vida—en un pasado que le resulta más familiar y querido que su propio presente. Por eso, sus polémicas y ataques más feroces se producen siempre contra quienes tratan de enturbiar, por ignorancia o alevosía, nuestro pasado cultural. No es difícil, por ejemplo, advertir qué motiva su encono frente a los redactores de la *Gaceta de Bayona*. El mismo Gallardo lo aclara explícitamente: «En los artículos literarios que en la *Gaceta de Bayona* ponen los gaceteros de su cosecha, hierven lastimosamente los errores más crasos y trascendentales al honor de las letras y de la literatura española». (I. página 57). El famoso *Zapatazo a Zapatilla* es una carta de ataques contra Adolfo de Castro, que en 1848 publicó un libro titulado *El buscapié*, atribuyéndolo a Cervantes. Muchos eruditos y críticos se dejaron engañar por la falsificación (17), no así Gallardo, que emitió juicios muy duros sobre la obra («*Buscapié*, título mui propio de tal papelucho; porque es obra tan vil i baja, qe *busca pies* qe la den de puntillazos», II, página 268) y el autor, «un Pedro Urdemalas literario». (Id., página 271).

Una explicación semejante serviría también para aclarar el encono que Gallardo manifestó en algunas ocasiones hacia don Alberto Lista, encono debido, según algunos críticos, al afrancesamiento de Lista (18). No parece ésta suficiente razón; afrancesado fué Moratín (19), y Gallardo tomó sin embargo, como epígrafe de su revista unipersonal *El críticón*, un verso de D. Leandro:

(17) Vid. C. Alberto de la Barrera, *El Cachetero del «Buscapié»*, Santander, Vda. de Alvira y Díez, 1916, donde se resumen los datos más importantes de la polémica suscitada.

(18) Así lo cree Sainz Rodríguez en su ed. cit. de *Obras escogidas* de Gallardo, I, pág. 264.

(19) Vid. un penetrante diagnóstico de la postura moratiniana en F. Lázaro Carreter, «El afrancesamiento de Moratín», *Papeles de Son Armadans*, XX, 1961, páginas 145-158.

«Críticas sufrirán, zurra y proceso». Los dos ataques abiertos a Lista tienen motivaciones literarias explícitas. Uno de ellos se encuentra en el opúsculo *Las letras, letras de cambio o los mercachifles literarios*; en él, Gallardo se ensaña con la prosa del abate, «uno de los más eminentes gerigonzistas que tiene hoy la lengua española». (I, 126). El escrito es de 1833, aunque se publicó el año siguiente. La otra mención de Lista, más despectiva aún, es trece años posterior, y se encuentra en una carta de Gallardo a don Juan Luis Chaves. Lista había aceptado como auténtico el fraudulento *Buscapié* atribuido a Cervantes; y Gallardo recuerda «la pobre opinión que siempre me ha merecido la sesera de ese buen abate: es una calabaza» (II, 309).

Gallardo actúa movido por un exacerbado sentimiento de patriotismo; pero sus demonios, los antipatriotas, no se distinguen por su afrancesamiento ideológico o por su tonalidad política, sino por su actitud irreverente o de crasa ignorancia ante el rico legado cultural del pasado. Así, el afrancesado Moratín, pulcro escritor y autor de unos *Orígenes del teatro español* en los que recogió algunas obras de nuestro teatro primitivo que de otro modo se hubieran perdido, debió de ser una figura grata para Gallardo, tan afín a don Leandro en esta preocupación por historiar y recobrar viejos textos literarios. No: el antipatriotismo que exasperaba a Gallardo era de naturaleza cultural, y contra él combatió no sólo con escritos polémicos, sino haciendo de su propio estilo, arma y ejemplo.

#### EL IMPROPERIO COMO METODO

Un recorrido superficial por los escritos de Gallardo es suficiente para recoger numerosos dicitos, burlas y epítetos envilecedores de marcado sabor coloquial, aplicados con audaz desenfado para poner en solfa a personas o ideas que Gallardo considera inaceptables. El abate Reinoso, por ejemplo, es un «cantor de gori-gori, que se nos viene aquí mintiendo lágrimas de lloraduelos» (I, 200); en cuanto a Adolfo de Castro, «lo que él saca de su chola (20), lo publica como de nuestros más zélebres escritores;

---

(20) En otra ocasión, y refiriéndose también a Castro, habla de su *churumen* (II, 287).

i, a la trocadilla, lo que garfia de otros, lo vende como suyo» (II, 266); es un «mequetrefe» y un «caco literario» (II, 366), un «casquilucio» (II, 281), un «loco disparatado» (II, 291), un «petulante parlanchín» (II, 301), un «arrendajo literario, que [...] como camalcón, se viste de todos los colores i colorido de los autores que maneja» (II, 298); los escritores que no utilizan su lengua con propiedad sólo escriben «gazafatones» (I, 51, 149); el *Arte de hablar y escribir en prosa y verso*, de Hermosilla, es un libro «farfullado en estilo de ganapán; y con erudición cruda y trivial de gabacha poliantea» (I, 76); D. Agustín Durán—evoca despectivamente como «Durancillo»—es un «homicaco chisgaravís, o séase escarabajo literario» (II, 8); Miñano, el autor del *Diccionario geográfico de España*, es un «Pobrecito Holgazán, el cual descartándose del primero de estos títulos, ha encontrado traza para refrendar e hipotecar el segundo» (I, 130); el *Examen de los delitos de infidelidad contra la Patria*, del abate Reinoso, es para Gallardo un libro «rahez y baladí», escrito «en un estilo fofo, relamido, simétrico y amanerado, fría-mente declamador y cansino, híbrida mezclanza de locución francesa con tal cual relumbrón de afectado purismo castellano» (I, 181); y en cuanto a su *Oda* a la muerte de Ceán Bermúdez, parece inspirada por una musa que, «con mil dengues y melindres, toma la tiorba, y a fuer de viuda verde que con un ojo llora y otro guiña, canta y llora» (I, 188).

Resultaría sumamente fácil acumular ejemplos de cariz similar. Dejando aparte su carácter polémico, lo que importa destacar es una actitud literaria, o, mejor aún, estilística: en una época en que preceptistas como Hermosilla intentan codificar los usos correctos aun a costa de anatematizar, con criterios de gramática dieciochesca, diversas formas de la lengua clásica, Gallardo intensifica deliberadamente la utilización de términos vulgares, se autoexcluye de la pretendida «corrección» oficial y se construye una peculiar ortografía para uso propio. Todo este léxico, aparentemente callejero, tiene una larga tradición clásica. Pero no veamos en la actitud de Gallardo simple mimetismo; significa algo más: respeto; convicción profunda acerca de dónde residen los modelos; y, naturalmente, arma defensiva.

## EL VULGARISMO ENVILECEDOR

Precisamente por ese carácter de arma defensiva—y ofensiva, por supuesto—, los vulgarismos léxicos, aislados o integrados en fórmulas comparativas, abundan en contextos satíricos, casi siempre resueltos con humor. Junto a vocablos festivos, muchos de ellos de raigambre libresca, como *boquimiel* (I, 204); *calvatrueno* (II, 278), *barbiponiente* (II, 313), *follisca* (II, 319), *crismar* «bautizar» (I, 29), *zurribanda* (II, 297), *escurribanda* (I, 31), *lilao* (II, 8), o *casquilucio* (II, 281), Gallardo acude a veces a la derivación mediante infijos o sufijos que ayudan a degradar el contenido semántico de base. Así, hay autores que «escriborrean» (I, 48); o, en un entierro «vozarreaba a su vera la clerigüesca alquilona»; un mal canto poético es un «canticio» (I, 210); el afrancesamiento será la «gabachina» (I, 219); un parlamento grotesco es un «parladillo» («el parladillo de la repulgada dueña» (I, 165); el *Buscapié* está «lleno de afectados parladillos» (II, 268); las derivaciones peyorativas de *literato* son, por ejemplo, «literatesco» («chismografía, literatesca» I, 74) o «literatil» (las «aventuras literatiles» de Adolfo de Castro, II, 271); al mismo esquema y a la misma intención denigratoria responde la alusión a la «elocuencia teatril y farsaica» (II, 207) de Martínez de la Rosa. Otras veces la pauta es distinta; así ocurre con el vocablo «trepetina» (I, 32), formado sobre el familiar *trepe* «reprensión» aprovechando la vecindad semántica con formas como *regañina*; los escritores mediocres o improvisados serán «plumistas noveles» (II, 211) o «plumistas de antuvión» (I, 20); expresiones como «pachorra» (I, 73), «perendengues» (I, 31), «magín» (I, 33), «garfear» «robar» (II, 300) o «libertad de pico» (I, 143) son algunas de las muchas que podrían alegarse para mostrar esta constante estilística de Gallardo, en cuya obra la presencia del vulgarismo desempeña múltiples funciones, desde la meramente envilecedora hasta la de irónica oposición a las normas de corrección vigentes.

## COMPARACIONES Y JUEGOS DE PALABRAS

Habrá que estudiar algún día con detenimiento la faceta

humorística de Gallardo, importantísima y que, sin embargo, podrá parecer sorprendente en quien tuvo fama de atrabiliario y malhumorado y sufrió penalidades sin cuento. Unos cuantos ejemplos servirán para ilustrar este aspecto.

Al juzgar la *Oda* del abate Reinoso a la muerte de Ceán Bermúdez, Gallardo advierte, a propósito de la métrica: «La combinación de sus rimas y versos, cortos con largos, no es la más feliz: en una estrofa de seis versos ir los cuatro de dos en dos, como los frailes, da a la composición cierto aire entremesil» (I, 188; subrayados nuestros). Las comparaciones entre la lengua francesa y la española no sólo se resuelven a favor de ésta, como ya quedó indicado, sino que el dictamen aparece potenciado con el uso de una comparación envilecedora: «Comparar con la castellana la lengua francesa se me antoja lo mismo que comparar con un órgano un chiflo de castrador» (I, 47-48) (21). Un escrito de Gallardo «causó entre algunos tal alharaca, cual si en un coro de monjas en lo más solemne de la gangosa salmodia saltase chillando un ratón» (II, 253). Una larga comparación salpicada de vulgarismos aparece en una carta a Domingo del Monte en la que Gallardo comenta sin acritud una obra lexicográfica de Rafael M. Baralt: «Siento, porque le quiero bien, que nuestro buen amigo se arroje así *exabrupto*, con tan poco biscocho i matalotaje, a emprender una navegación tan larga, ziega i borrascosa como la del *maremagnum* de nuestro idioma; chantándose de casquis en la lengüística española el título de Grande Almirante Colón de estos mares» (II, 312). No escasean las aplicaciones de este procedimiento, basado en el desarrollo de una metáfora inicial: «Mis críticas demostrarán que los autores que critique, no los he leído a sobrepeine, sino que les he desenhetrado la cabellera pelo a pelo, sin dejarles cañón sin carda» (I, 148). Por este camino, de la metáfora a los juegos dilógicos hay una distancia muy corta. He aquí un caso apoyado en el valor dilógico del sustantivo *gracias*: «Al Caballero Her pocas gracias le debemos los españoles; y en verdad que él debe menos a las tres que nacieron en Grecia [...]

---

(21) Siete años más tarde, Gallardo repetirá con variantes la comparación: «Comparar en punto de armonía el francés con el castellano, sería comparar con un piano un pito de castrador» (II, 115).

ni creo que las haya siquiera alcanzado a ver sino de lejos, o *par derrière*» (I, 75).

En la *Apología de los palos dados al Excmo. Sr. D. Lorenzo Calvo*, Gallardo bromea acerca de una polémica ajena, que comenzó con inanes libelos y acabó con una agresión a garrotazos. Desde el principio de la *Apología* los equívocos que anuncian el violento desenlace van dosificándose hábilmente. El tal D. Lorenzo Calvo había salido de la cárcel «ciego de rabia y despecho, y como toro agarrotado» (I, 9) y escribió un folleto, al que contestó con otro un militar, D. Joaquín de Osma, que tuvo «la prevención de no echar de un envite todo el juego, antes bien se reservó para lugar y coyuntura un triunfo recio de bastos con que arrastrar de firme» (I, 12); la agresión a garrotazos es descrita por Gallardo como una pugna en la que el militar trata de imponer sus razones «con silogismos en *bárbara*» (I, 17), es decir, con «palos *dados* o prestados o como sean (que esos Tribunales hay que lo declaren, y yo estoy poco ducho en esto de Palografía)» (I, 19).

Sin salir de los juegos dilógicos, puede recordarse la frase sobre los escritores galicistas, que «hacen hoi gemir la prensa (y la lengua)» (I, 48); o los maliciosos chistes sobre las Letras y las letras de cambio y los «mercachifles literarios» que utilizan la literatura como negocio; o, finalmente, el feroz ataque contra Javier de Burgos, ministro de la Monarquía, aunque «bien puede ser en la República Literaria un ministril» (I, 147).

#### INGREDIENTES LIBRESCOS

Son frecuentísimos los pasajes de Gallardo en los que el léxico y la sintaxis delatan su clara filiación libresca. Las citas encubiertas y ciertos síntomas inequívocos constituyen ecos deliberados de la prosa áurea—Cervantes en primer lugar—, como es fácil advertir sin más que recorrer someramente algunas páginas. En la *Apología de los palos*, por ejemplo, la agresión violenta se nos describe así: «Sin que más cumplimientos mediasen del sano al doliente, el armado enarboló el garrote y apuntando al desarmado, le descargó tan crudo golpe sobre lo más alto de su persona, que sin ser poderoso a sostenerse dio con su pobre humanidad en tierra» (I, 17). Por si las resonancias cervantinas del pasaje no fuesen lo

bastante claras, unas líneas más adelante se habla del agresor como «descendiente sin duda del arremangado brazo del fiero garamanta Pentapolín» (I, 18), evocación de las palabras de don Quijote a Sancho (*Quijote*, I, 18) antes de acometer al «escuadrón de las ovejas».

Obsérvese este otro ejemplo, muy cercano en la expresión a los anteriores. Gallardo se duele de que se le atribuyan toda clase de escritos satíricos que se publican: «Pero como el empeño no parece ser otro que cargarme todos los enemigos posibles, para dar con esta flaca humanidad en tierra; pegue o no pegue, me pintiparan a todos aquellos escritores embozados i de jacarandaina, a quienes asisten méritos para que los marcados de su mano i pluma les muelan la osamenta: i después dé donde diere» (I, 33).

La reelaboración de fórmulas clásicas, como en el pasaje cervantino antes señalado, es un procedimiento habitual en Gallardo. Así, por ejemplo, al hablar de Martínez de la Rosa indica crudamente que «entre las flores de sus más aplaudidos discursos se esconden venenosos áspides y asquerosas sabandijas» (II, 207-208). Se trata de una variante de la expresión de Virgilio (*Églogas*, III). «Latet anguis in herba», ampliamente glosada y utilizada por los escritores del XVII español (22). De igual modo, el lector atento registra indudables resonancias quevedescas y, sobre todo, cervantinas en esta descripción, no muy distante de aquel pasaje del *Coloquio de los perros* en que el autor, por boca de Berganza, narra el trance de la bruja Cañizares: «Era la triste una viviente anatomía, una Muerte viva y andante: tan enjuta de mofletas, como bruja que chupa tuétanos, ella no tenía mejillas, pero tenía sitios capaces, donde acomodarla las del más cariharto querubín de retablo [...] De pantorrillas no se hable, ni brizna

(22) Véanse tan sólo algunos ejemplos: «Y ella, cual ciega del mejor sentido, / no ve que entre las flores de aquel gusto/el áspid ponzoñoso está escondido». (Cervantes, *Viaje del Parnaso*, ed. Rodríguez Marín, p. 83); para Rojas Zorrilla, el amor es «una salamandra ardiente, / un áspid entre las flores» (*Don Diego de noche*, jorn. I, en BAE, LIV, p. 213 c), de modo similar a los versos de Góngora: «Porque entre un labio y otro colorado, Amor está, de su veneno armado, / cual entre flor y flor sierpe escondida» (soneto «La dulce boca que a gustar convída», ed. Millé, núm. 238).

tenía; pero tenía los sitios marcados para ellas. Pechos?—ni jeneración; tabla rasa y monda, como el alma de un tonto: más por una doncella, mal despedida de la casa, se averiguó que si su señorita no tenía pechos, tenía sus semejas, plantificadas en sus competentes sitios de mui jentil borra» (I, 199). También traicionan su carácter libresco la andadura y el léxico de los párrafos en que Gallardo se dirige burlonamente a Javier de Burgos: «Alto silencio también acerca de la época lastimosa en que V. E., mero hombre de pluma, mataba escasamente la canina que le cutía (como nos cute a todos los que seguimos la perra carrera de las Letras peladas) chafallando de hilván, a tantos maravedís la pieza, mediana con mala y mala con peor, *Misceláneas e Imparciales*» (I, 119).

Estas rápidas calas en el estilo de D. Bartolomé José Gallardo deben acabar aquí, porque su misión no era otra que la de alertar a los estudiosos acerca de las excelencias literarias de quien ya es, por derecho propio, príncipe de los bibliógrafos españoles. Es de justicia procurar que su importantísima obra bibliográfica no oscurezca, como con demasiada frecuencia ha ocurrido, sus méritos de escritor. En Gallardo, el «casticismo» y la imitación de la prosa clásica no son síntoma de impotencia creadora, sino táctica deliberada—casi pedagógica—para despertar en el lector el gusto por una época a cuyo estudio consagró Gallardo su obra investigadora. Así, investigación y creación convergen en un mismo punto y son inseparables de su autor. Pérdidas, persecuciones y rapiñas diversas nos arrebataron buena parte de una obra extensísima cuyos desarbolados restos, sin embargo, se mantienen en pie hoy, muestras indiscutibles de la inteligencia y sensibilidad de un hombre que entendió el patriotismo como desacuerdo contra lo establecido. Gallardo vivió con la convicción de que el tiempo pasado—al menos parte de él—había sido mejor que el suyo propio. Hoy habría que decir que no se equivocó.

RICARDO SENABRE.

Universidad de Extremadura  
Facultad de Filosofía y Letras de Cáceres.